

JUEVES 23 DE AGOSTO DE 1900

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

EL PODER DEL CACIQUISMO

Está descontento de antemano; sabemos como todo el mundo sabe que el caciquismo es la única fuerza importante, la única energía que aún subsiste en la nación. Parece así como una resurrección de fuerzas, de todas las fuerzas nacionales, dedicadas á un objeto, dirigidas á un mismo punto y para el logro de una misma cosa.

La única fuerza nacional, que siempre se halla puesta al servicio de la peor causa; al servicio de la explotación, del abuso, del compadrazgo, del robo con disfraz, del favoritismo que se dispensa á los malos y á los tontos; siempre al servicio de causa injusta y ruin, con miras de enano y acciones de espíritu pequeño.

Tanto es y así es: esto se sabe, se repite diariamente, en la conversación, en el periódico, en la tertulia, en el libro y en la cátedra; en todas partes se habla de ello, y se cita al cacique Pulano y al caciquillo Perengano; es decir, se les conoce, se les trata y se les tolera.

Y cada vez más, ese caciquismo va ensanchando sus límites de acción, vá ensanchando sus tentáculos de pulpo enorme y con ellos abrazándolo y chupándolo todo: en Política, en Hacienda, en Arte... Y, cuantas madrigueras de caciques por todos sitios, en todos los repliegues, en todos los agujeros de donde algo se puede sacar; ministerios, oficinas, ayuntamientos, diputaciones; en todos sitios donde ha de penetrar el contribuyente, donde suelde el ciudadano á resolver asuntos; en fin, en todos los organismos necesarios á la vida nacional, en la puerta de entrada está agazapado el cacique, con las uñas largas y la intención aviesa, dispuesto á chupar en el individuo ó asunto que primero pase por la gaza-pera.

Ese caciquismo lo puede todo; tiene omnímodas facultades, omnímodo poder. No consigue toda la autoridad, toda la fuerza de un gobernador, que los Ayuntamientos ingresen sus adeudos por contingente provincial en las arcas de la Diputación; no consiguen tampoco tan justísima cosa, ni los llantos de los pobres asilados en el Hospicio, ni los clamores de las olvidadas *amas* de la Inclusa, ni los gritos instintivos de los desgraciados dementes del Manicomio, ni el justísimo clamoreo de los empleados de la casa provincial, tenidos siempre en el abandono más miserable, y que piden por caridad lo que por justicia les pertenece.

Pero, uno, otro cacique superior, en el eslabonamiento de esa temible sociedad de malos, dicta órdenes y los mismos caciques de los Ayuntamientos comienzan á ingresar cantidades, pero no las ingresan ciertamente en la caja de la Diputación, y sí donde el que el ingreso ordenó les manda.

Es el botín, el botín que á diario se recoje, hasta las últimas arrebataaduras que se engullen con afán insaciable.

Y lo que nadie consigue, pedido con justicia porque se debe por ley y por caridad y por justicia y por conciencia, lo consigue el cacique, el cacique grande, siempre dispuesto á tender la mano al que le ayude en la empresa y á perseguir sin tregua y sin piedad al que sus órdenes no acate por guardar respeto á la ley y cumplir con ella.

El poder del caciquismo lo gobierna todo; es omnímodo; es natural pues, hasta cierto punto, que los Ayuntamientos á las imposiciones se subyuguen, y más, por que esos Ayuntamientos no están elejidos por el pueblo y se deben al cacique que á su antojo los hizo, por complacencias, para tenerlos como suyos y como tales manejarlos.

Y así, en esta forma y de este modo, nada puede extrañar. El botín de hoy es preludio de otros que se conseguirán mañana, por el derecho del cacique, único derecho que queda en la nación.

Mientras, la Diputación dá náuseas:

aquello no es una Diputación: es una casa de hambrientos.

DE MADRID Á MURCIA

El Sr. Dato y sus impresiones

Contra lo que era de esperar, como país de las anomalías, ha regresado á esta Corte el Sr. Dato, ante el temor de que salgan á la superficie las discrepancias que entre ciertos ministros existen.

El ministro de la Gobernación viene muy satisfecho de los recibimientos que se hacen á los Reyes en todas las poblaciones del itinerario marítimo, siquiera por aquello de que en su viaje á Barcelona oyó otra clase de aclamaciones.

Según el Sr. Dato, todos son éxitos, ovaciones, entusiasmo, etc., pero nada dice de las notas discordantes de Gijón y Bilbao, y de la compra de conciencias para que vitoreasen, eso que lo canten los ciegos de París.

El Sr. Dato, una vez que haya pulsado el estado de ánimo de los compañeros de gabinete, pues no hay confianza en la cuadrilla, regresará á incorporarse con los reyes un día antes que la esquadrilla llegue á Santander.

El Consejo de mañana

Parece probable que no haya consejo. Se reunirán los ministros, pero sin carácter oficial de Consejo. El de Estado comunicará las impresiones que trae de sus conferencias con el marqués de Mury y con el ministro yanki, sobre los tratados con Francia y los Estados Unidos. El de jornada, manifestará sus opiniones respecto del viaje de la corte. Y algún otro, hablará de lo que caiga, ó de lo que tenga más á mano.

Esto parece lo probable, así lo desea el general Azcoárraga, y de tal manera se harían las cosas seriamente. Pero es posible que el Sr. Dato quiera aconsejar—¡digo, aconsejar sin Silvea, y llevando la voz cantante!—en cuyo caso habrá Consejo. Y entonces, ocurrirá en la reunión lo mismo que anunció; los dos audaces viajeros comunicarán sus impresiones respectivas, etc., etc. Pero todo ello se hará de una manera oficial.

Disgusto entre los periodistas

El Sr. Dato había ofrecido á los corresponsales de la prensa que embarcarían en la escuadrilla, según espreso deseo de la Reina, pero el jefe de la escuadra Sr. Morgado conocedor de la orden ministerial sin su previa consulta, se ha negado á que se cumpla tal ofrecimiento, obligando con sus inconveniencias á que los periodistas se separen de la excursión regia.

Así parece lo han acordado en reunión celebrado por los corresponsales,

El asunto es objeto de vivos comentarios y de censuras para la conducta del Sr. Morgado.

Apertura de círculos

En conferencia tenida hoy los señores ministro de la Gobernación y gobernador de esta villa, mañana se darán las órdenes para que se abran los círculos Industrial y Mercantil.

Del levantamiento de suspensión de garantías no se ha hablado nada, esta es cuestión para tratarla cuando regresen todos los ministros.

21 Agosto 1900.

Una frase de Romero

«La casualidad—dice un corresponsal desde San Sebastián—reunió en amigable corro á hombres políticos de ideas tan opuestas como el ministro de la Gobernación, el batallador Romero Robledo y el republicano Muro, y hay quien dice que de labios del segundo surgió la frase de que desde que los enemigos políticos del Parlamento son amigos en la calle... España está perdida.»

Tiene muchísima razón el Sr. Romero Robledo. Nos hemos civilizado tanto, y las costumbres políticas son tan blandas y suaves, que ya todos somos unos. Liberales y conservadores, republicanos y monárquicos, son más amigos en la

calle que enemigos en el Parlamento. De donde resulta la comedia en las Cortes, la verdad en las calles. Y no es que los adversarios depongan sus enconos al volver á la vida ordinaria, sino que nunca los abrigaron, y que representaban el papel de combatir para divertir á la galería. Así, al borrarse las diferencias entre los partidos, acaba por no tener ninguno fé en las ideas, y acaso por no tener ideas.

La causa principal del decaimiento del Parlamento, de su desprestigio, está ahí. Nada se hace en el salón de sesiones con carácter espontáneo, surgiendo de lucha y del choque de opiniones ó ideas. Allí va todo el mundo preparado, con su papel ensayado y repartido de antemano, sabiendo cada uno lo que ha de decir y lo que le han de contestar, descartada toda sorpresa, descontento el voto, conocida la solución. Si hay quien, novel, ó solitario, ó independiente, se atreve á hablar por su cuenta, afirman á una los jefes de la oposición y los del gobierno que descomponen el cuadro y se disponen á reducir á la obediencia al rebelde. Así no hay manera de que se oiga una vez la voz de la nación, ruda, desnuda de artificio, malhumorada, que hace sangre. El coro ministerial y el coro opositorista se encargarán de ahogar la voz del insubordinado, del protestante, del que no entra en filas, del que no está en el ambiente, del que no se hace cargo.

Las más graves cuestiones para el país no se resuelven á la luz del día, sino en la obscuridad de los corredores, entre cuatro amigos. Cuando, por accidente imprevisto, el debate llega por unos momentos á una alta temperatura de pasión, en que parece que van á venir á las manos los combatientes, luego al punto el presidente toma la resolución heroica de suspender la discusión y pasar á otra cosa. La tregua se aprovecha. El jefe del Gobierno envía atento y cariñoso recado á todos los que mandan grupo, y allá se encaminan, al despacho de los ministros, donde en buen amor y compañía se entienden, se arreglan, dan fin á sus discusiones los que media hora antes parecían que iban á devorarse. Una vez arreglados, encontrada la fórmula patriótica, prosigue la farsa, se reanuda la batalla parlamentaria, que ya no es batalla, y al levantarse el telón la tempestad pasó, todos son unos y muy caballeros aunque la capa del país no parezca por ninguna parte.

¿Si tiene razón el Sr. Romero Robledo? Razón que le sobra, al sostener que España está perdida porque los enemigos políticos del Parlamento son amigos en la calle. Para completar su pensamiento la ha faltado decir que no existen enemigos políticos. Ya nadie es enemigo de nadie, pero tampoco amigo de la verdad. Y constituye una prueba de mal gusto enfadarse, irritarse, reñir la noble riña del ideal.

Cierto que no pedimos con esto que los que militan en distintos partidos anden á tiros por los pasillos del Congreso ó por el salón de sesiones. No pretendemos que se renueven los bandos de Capuletos y Montescos, hasta el total exterminio del enemigo, del contrario. No es nuestra aspiración que se remonte el curso de la Historia y que el diputado de oposición, al ser vencido por la mayoría, desesperado de convencerla, abandone el escaño con la resolución de ganar su causa por la fuerza. Lejos de nuestro ánimo imaginar que es mejor sistema el de que el debate parlamentario tenga como epílogo el alzamiento de una partida con cualquier grito de rebelión, como es fama que ocurría en otros tiempos.

Ya se nos alcanza que algo hay que conceder al progreso de las costumbres, y que no puede volver aquella época en que progresistas y moderados no se saludaban, no se hablaban, no partían el pan ni la sal. Pero, en fin, entre tal modo de proceder urano y este afeminado modo de conducirse, habrá un término medio, muy vasto y muy extenso; como que en él cabe todo lo que corresponde á la virilidad en la convicción y al decoro en

el mantenimiento de las propias ideas. Entre el espectáculo antiguo, clásico, de colocarse los dos bandos enemigos el uno á un extremo y el otro al extremo contrario del salón de Conferencias, sin consentir que nadie se acercase á parlamentar so pena de tacha de traición, y el moderno espectáculo de resolver mano á mano, en abrazo estrecho, los intereses de la patria todos juntos, carlistas, republicanos, conservadores y liberales, cual si no les separase diferencia alguna, ni siquiera la de la sangre derramada en las contiendas civiles, habrá, debe haber un buen término medio.

No vale la pena de aparecer en la escena parlamentaria, en la tribuna de las Cortes, como *Jean Cop*, que aflia sus espaldas para herir al adversario y para querer matarlo, si en cuanto cae el telón el animoso combatiente, el fiero paladín de la oposición, se ha de convertir en un pacífico, tranquilo, manso, resignado *Jean Mouton*, al que con toda comodidad le corta la lana el Gobierno. De tales ejemplos deduce el país que todos sus representantes son un tropel, un rebaño de dóciles Juanes, que van por donde los lleva la voz del pastor.

El desmayo en las opiniones, la falta de esa noble terquedad que mantiene la fe en el ideal, tiene que traducirse en daños positivos para España. Hubiérase discutido con más apasionamiento las causas de la guerra, su desarrollo, su solución, sus consecuencias, y acaso no hubiéramos llegado al Tratado de París. Todo el mundo procuró no pugnar con el común criterio; no decir á gritos lo que en voz baja se murmuraba contra los generales, y el final desastroso vino al cabo á romper convencionalismos y artificios; pero cuando ya se había hundido la tierra bajo nuestros pies.

Ahora mismo, y con motivo de los presupuestos, cuánto hubiese agradecido el país que se dijera en público lo que en privado se afirma acerca de los capítulos que deben ser castigados, porque España reducida no puede pagar lo que pagaba en los tiempos de su mayor representación en el mundo! Para la sanción, como para la liquidación del desastre, los políticos continuaron siendo amigos; compadres, cómplices, y España no halló salud y no la hallará si tan burda ficción prosigue, y á fuerza de habernos civilizado, resultamos todos unos, consentidores, si no autores, de la ruina de la patria.

Civilizados están los ingleses; no será ponderación decir que más civilizados que los españoles, y, no obstante, se les han dicho cosas en aquel Parlamento á Chamberlain y á Salisbury que jamás osarían decirse aquí adversarios políticos. Si se considera, y es fuerza que se considere, al Gobierno actual como funesto á España, constituye una inmoralidad cruzar buenas palabras, y hasta alabanzas, con tales enemigos públicos. Una inmoralidad, y de las más graves, es que calificquemos de criminales las obras de los que nos trajeron á la extremidad presente y, sin embargo, elevemos estatuas á las personas que consumieron aquellos actos.

El Sr. Romero Robledo no ha formulado una frase: ha pronunciado una sentencia. Justo es que él, tan militante, tan batallador, predique con el ejemplo, y sea desde que se abran las Cortes, no el amigo de la calle, sino el enemigo de el Parlamento y en todas partes del Gobierno no se abren y no vemos cosas nuevas, preferible es que permanezcan cerradas. Su repertorio está anticuado, y sólo silbas merece.

(Del "Heraldo de Madrid.")



PAPIN

El sábio físico francés Dionisio Papin, desde muy joven hasta que bajó al sepulcro vivió exclusivamente para la ciencia; en su juventud, vióse perseguido y obligado á emigrar de su patria, y en su vejez viósele deslizar rodeado de miserias

y privaciones que aceleraron su muerte y amargaron terriblemente los últimos días de su laboriosa existencia, cual si este fuera el premio que en vida debía recibir por sus importantes inventos.

Papin había nacido en Blois (Francia) el 22 de Agosto de 1647 y fué educado en el Colegio de Jesuitas existente en aquella población, en el cual despertóse en él gran afición á las ciencias físicas, cuyo estudio relegó á un lugar secundario mientras estudiaba en la Universidad de París la carrera de Medicina; pero al terminar sus estudios y tomar el grado de doctor, nuevamente volvió á consagrarse principalmente á la física, primero en París, al lado del célebre Huyghens, después en Londres, bajo la dirección de Boyle, quien por ver en el joven Papin un hombre de privilegiada inteligencia le honró con su protección, ayudándole en sus ensayos y estudios y proponiéndole para miembro de la Real Sociedad de Londres.

Cuando alguno de sus inventos le habían dado gran renombre entre los hombres de ciencia, Papin regresó á su patria para ofrecerla sus servicios y para proseguir en ella sus ensayos y experimentos; pero hallándose entonces en su período más grave la cuestión religiosa, á consecuencia de la revocación del edicto de Nantes, vióse perseguido por pertenecer á familia protestante, teniendo que emigrar á Inglaterra, donde residió algunos años.

En 1687 le fué ofrecida la cátedra de matemáticas de la Universidad de Marburgo (Austria), la cual desempeñó durante unos veinte años, adquiriendo gran fama por sus lecciones.

Papin falleció en la mayor miseria y rodeado de envidias, por el año 1715, y como su nombre va unido al invento de la primera máquina de vapor de embolo, al de la bomba para la elevación del agua utilizando el vapor como fuerza motriz, y al del barco movido por el vapor, su memoria es inmortal y ha pasado al libro donde se hallan registrados los grandes bienhechores de la Humanidad.

Hernando de Acovedo

FANTASIAS DE VERANO

EL REY Y EL ALMIRANTE

«El rey estudiará las necesidades del país en su viaje náutico...»

A bordo del «Giralda»:

—¡Cuidado con marearse, señor Almirante Silvea!

—Perdone V. M. ¡Ay! ¿cómo tengo el estómago! ¡Limón, éter, te! ¿qué me muerol!

—Yo quiero mirar con el antejo...

—V. M. puede disponer de dos... Pero le aconsejo que no mire más que con el del puente.

—Lo haré así... ¡Qué bonito! Mire, mire, señor Almirante Silvea. ¡Dá gusto reinar en un país tan hermoso!

—¿Que vé? ¡ay, ay!, ¿qué vé vuestra majestad?

—Veo... Un mar azul, hermoso, tranquilo...

—Así está España, como una balsa de aceite, gracias á Dato y á mí...

Veo muchos marineros que me vitorean...

—Como todos los súbditos de V. M...

—Veo palomas que arrojan á mi paso...

—¡Oh, las palomas nos cuestan un dinerito! No son palomas subvencionadas por el fondo de reptiles. Este es para los periodistas que se lo llevan todo...

—Veo colgaduras.

—De algunas colgaduras nos vamos librando los señores ministros.

—Veo pueblos que me gritan vivas.

¡Qué hermosa tierra! ¡Oh, qué gran país! Sr. Silvea. En España la gente es muy feliz. Todo está muy bonito, muy arregladito... La gente se muere de dicha. Todo el mundo viste y come bien... Los españoles no cesan de darse banquetes.

—Verdad, mucha verdad.

¡Oh, qué gran nación!

¡Oh, qué magnífica civilización!

—Veo recibimientos entusiastas, ar

